



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 50.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 11 DE DICIEMBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 40 á 45 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



A hacia tiempo que no teníamos un fuego; pero la semana última se ha distinguido en Madrid por los incendios de grandes edificios. El lunes se incendió la fábrica de tabacos de un modo extraordinario. Los cuatro costados del edificio parece que ardieron á un tiempo, y si esto que se dice es verdad, debe llamar mucho la atención de la autoridad encargada de averiguar las verdaderas causas de la catástrofe. La fábrica de cigarros era una construcción fuerte y sólida donde además de los

grandes almacenes y depósitos de tabaco de distintas clases, había capacidad para mas de tres mil operarios ocupados en la elaboración de este producto. En la noche del domingo comenzó el fuego, el lunes en la madrugada era aquello una vasta hoguera y el martes aun no se habia podido extinguirla completamente. El humo de la gran cantidad de tabaco que estaba ardiendo no solamente sofocaba á los trabajadores y soldados empleados en apagar el fuego, sino que asfixiaba aun á los que se acercaban á cierta distancia. Asi no es de estrañar que tanto por efecto de esto, como por el arrojido de unos y otros, tengamos que deplorar algunas desgracias. Dícese que los caudales y los papeles se han salvado como tambien una parte del tabaco existente; pero las pérdidas han sido grandes; y si se pueden calcular, no se pueden saber á ciencia cierta, porque no se puede pedir cuenta

al fuego de lo que ha devorado. El tercio de guardias veteranos, los carabineros, las fuerzas de las tropas de la guarnicion enviadas inmediatamente al sitio del incendio, las autoridades locales de todas clases y gerarquías que acudieron desde los primeros momentos, el director de estancadas, el juez de hacienda etc., etc., han rivalizado en celo para aminorar los estragos del devastador elemento.

Como son mas de tres mil familias las que por el pronto han quedado sin trabajo por efecto de este siniestro acontecimiento, el señor ministro de Hacienda ha tenido que pensar en proveer de locales á propósito á esa multitud obrera, dificultad no pequeña en una capital donde aprovechándose tanto los pies de terreno, escasean los edificios grandes. Ya parece que se han distribuido en varios mas pequeños el total de las cigarreras, pero seria mejor que las diversas operaciones de la fábrica estuvieran concentradas en un solo punto. A nosotros nos parece que distribuyendo la tropa en otros cuarteles y acantonamientos, podrian destinarse, bien el de la Montaña del Príncipe Pio, bien el de Leganés, bien el de Alcalá para fábrica de cigarros, sin perjuicio de que volvieran á servir despues para el uso que hoy tienen, cuando se adopte la medida que la ciencia económica está reclamando hace mucho tiempo y cese por consiguiente el estanco y monopolio del tabaco por parte del gobierno.

Otro incendio tambien considerable ha estallado en la noche del martes y madrugada del miércoles en el Casino de la Carrera de San Gerónimo. Las pérdidas no deben tampoco de haber sido pequeñas pero son de mas fácil reparacion. Las autoridades y los operarios acudieron con igual celo y al cabo de algunas horas quedó dominado el fuego. Mientras se habilita este ú otro local para la tertulia allí establecida, la gente *comme il faut* que la compañia tendrá que buscar otro punto de reunion, lo cual para unos será ocasion de gastos y para otros de ahorros. Asi es el mundo: aun las desgracias que sobrevienen á una parte de la humanidad son fuente de ventura para otra parte.

Preciso es confesar sin embargo que esta regla tiene sus excepciones y que hay desgracias que no aprovechan á nadie. Tal es la que ha ocurrido en la última semana con una niña de diez años cuya familia habita la calle de la Paloma. Un desconocido se acercó á ella y la rogó que le enseñase el puente de Toledo: la inocente niña marchó con aquel hombre; y despues de algunos dias

de ansiedad y de incertidumbre acerca de su paradero, se ha encontrado cerca de una alcantarilla del mismo puente el cadáver de la infeliz criatura. El estado en que el cuerpo se encontraba muestra que habia sido objeto de repugnantes violencias que la pluma se resiste á describir. ¡Y no se ha encontrado aun al infame asesino! Las autoridades no deben descansar hasta encontrarlo, y los padres y tutores deben vivir muy precavidos ya que por desgracia vivimos en una poblacion y en una época en que se pueden cometer tamaños crímenes. Es preciso que se redoble la vigilancia en ciertos barrios, que se vigilen las casas de mal vivir, que se persiga incesantemente la vagancia, que se haga penetrar la luz de la enseñanza y el aire puro de la educacion en esos centros infectados de vicio. Estas son medidas de higiene moral mas necesarias aun que las de higiene material y de policia urbana.

Dentro de pocos dias recibirá la imprenta nacional de Madrid un precioso regalo de la de Lisboa. En abril del corriente año, el señor marqués de la Ribera, representante del gobierno español en la corte de Portugal, hizo una visita á la imprenta nacional de Lisboa examinando las diversas oficinas y mostrándose muy satisfecho de los progresos del arte tipográfico en el pais vecino. El 25 de junio siguiente, con la recomendacion de este funcionario, se presentaron en la imprenta los señores don Felipe Mendez Vigo, secretario de la legacion española en Lisboa y don Luis Mariano de Larra, redactor de la *Gaceta* de Madrid, los cuales maravillados del desarrollo artístico que encontraban, pidieron una obra cualquiera que pudiesen presentar, como muestra de los adelantos portugueses, en el establecimiento español. El señor Marecos director de la imprenta lisbonense, se comprometió entonces á enviar á la nacional de Madrid un ejemplar del *Specimen da fundicao dos typos* luego que se concluyera la impresion de algunos pliegos del suplemento que contenian muchas series de nuevos caracteres y viñetas.

Terminada ya aquella impresion, el señor Marecos ha tratado de cumplir la palabra empeñada y lo ha hecho de un modo que le honra tanto como al establecimiento que dirige y al arte tipográfico portugués que le debe grandes servicios. El *Specimen* destinado como regalo á la imprenta nacional de Madrid, forma un grueso tomo impreso en magnífico papel con gran perfeccion, precedido de una dedicatoria impresa con colores y oro, y encuadernado en *chagrin* con mucha elegancia. Este tomo

viene en una hermosa caja de caoba y palo santo, forrada interiormente de terciopelo verde y que es también de un esquisito trabajo. El señor Marecos, se presentó personalmente á entregar el regalo en la legación española, y el señor Mendez Vigo, acogiéndole con las consideraciones que le eran debidas, le dió á nombre del gobierno español las mas expresivas gracias, y le anunció que enviaria inmediatamente á su destino su precioso regalo.

Ahora la imprenta nacional de Madrid debe devolver el obsequio con una obra suya que honre al arte español, y es de creer que de este asunto se haya cuidado mucho el señor Larra, al cual agradecemos cordialmente que haya iniciado las futuras y estrechas relaciones que deben unir á ambos establecimientos de la península.

El correo de la Habana que llegó la semana última, nos ha confirmado la noticia de haberse roto las negociaciones de paz con los insurgentes de Santo Domingo. Parece que en Santiago de los Caballeros, centro de la insurrección, ha habido una especie de pronunciamiento en que el partido de la paz ha sido derrotado y fusilados algunos de sus jefes, nombrándose otro gobierno que quiere proseguir la guerra. Pero estas escisiones entre unos y otros, muestran que la insurrección no adelanta un paso y dan la esperanza de un pronto arreglo de esta cuestión, sobre la cual parece que el gobierno piensa proponer á las Cortes algunas medidas decisivas.

De diversiones públicas, nada podemos hablar nosotros por cuenta propia mientras dure la impresión terrible de desgracias particulares que nos abruma. Hablando por lo que hemos oído y leído, diremos sin embargo para que nuestros lectores no carezcan de la noticia conveniente acerca de las novedades teatrales que en el Real ha tenido un gran éxito la *Lucrecia* ejecutada el martes. La Penco obtuvo nutridísimos aplausos en el dúo con Selva, y tanto esta artista como Nicolini fueron llamados al palco escénico al final de cada acto, y saludados con tres salvas de aplausos al concluir la función.

El coliseo de la calle de Jovellanos, ha puesto en escena tres piezas nuevas. Los esfuerzos de esta empresa por presentar novedades son dignos de todo elogio, aunque algunas de ellas no hagan mas que pasar como ha sucedido á las de que hablamos. Para las fiestas de Navidad prepara este teatro *Las Circasianas* arreglo de un festivo y aplaudido escritor, y *Pan y toros* zarzuela del señor Picon, de la cual nos han hecho grandes elogios que juzgamos merecidos porque conocemos el talento y agudo ingenio de su autor. El señor Puente y Braña ya aplaudido en la comedia de *Manos á boca* prepara según parece una zarzuela sobre asuntos gallegos, y el inagotable señor Pastorfidio tiene en el telar ó ha terminado ya otra que titula la *Chispa eléctrica*.

En el Circo, también para Navidad se dispone un arreglo del francés con el título de *Virgen y mártir* cuyo arreglo se ejecutará por la tarde. Dios se la depara buena al auditorio. La zarzuela de la noche se llamará la *Insula Barataria* y figurarán en ella según dicen varios personajes del Quijote, entre ellos Sancho y suponemos que también el doctor Pedro Recio de Tirteafuera.

En el Príncipe con el título de *Belleza del Alma*, se ha representado una comedia en tres actos y en verso. El público la aplaudió y llamó al autor que es el señor Rico y Amat.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ANUARIO PERPETUO DE FLORICULTURA.

DICIEMBRE.

Todo tiene su término en la naturaleza y el año ha llegado ya á su triste y lánguido período de senectud. El genio de la melancolía se cierne y vaga por el espacio, sembrando por la campiña la soledad, el luto y la desnudez, y el profundo abatimiento que reina en todo lo que nos rodea, contrista nuestro ánimo y nos sume el alma en el mas profundo éxtasis religioso.

El cuadro que en esta época nos presenta la naturaleza es en extremo sombrío y desconsolador si lo consideramos únicamente en sus exteriores apariencias. El tiempo vario, nebuloso y frio muy raras veces os permitirá en la region central, en la del Norte y en la occidental, espaciarnos con agradable solaz por aquellos amenos sitios del campo que mas os agradaban por sus pintorescas perspectivas. Las nieblas empañan la diafanidad de la atmósfera y nos impiden ver los objetos que existen á cierta distancia por encontrarse envueltos y velados por la espesa bruma. El ameno bosquecillo en que habeis sido felices disfrutando de los bellos encantos de la vegetación engalanada con sus mas esplendorosos adornos y animada por un sol radiante y vivificador, no os ofrece ya placentero albergue; todo yace mustio y marchitado por los crudos hielos y por las fuertes escarchas. El ambiente aromatizado por la mezcla de variados perfumes desprendidos de la multitud de plantas olorosas que cria el florido abril, el plácido murmullo del manso arroyuelo que tan dulce armonía formaba con la acompasada cadencia de los sutiles cefirillos que

besaban las hojas y se balanceaban en las verdes ramas de los copudos árboles, todo este bello conjunto que adormecía placenteramente vuestro espíritu y os estimulaba sin molestia ni cansancio horas enteras á disfrutar mas y mas de tan halagüeños como inocentes placeres, todo ha desaparecido; las flores se han marchitado, las plantas aromáticas han perdido sus tallos, el arroyuelo manso corre turbio y silencioso obstruido á cada paso su cauce por la hojarasca, la broza y la maleza de las matas, árboles y arbustos que perfilan sus márgenes, y á los blandos céfiro han sustituido el fiero aquilon y el helado cierzo que os obligan á resguardaros al amor de la lumbre del rigor de la intemperie.

Muy sensible os será el no poder gozar de aquellas agradables emociones que experimentásteis en las encantadoras alboradas del fecundo mayo, al ver la refulgente lumbrera del dia surgir é irse elevando magestuosa entre un deslumbrador abismo de luz que doraba con las sonrosadas tintas de la aurora las diáfanas y purpurinas nubes del Oriente y á cuya solemne aparición la naturaleza agradecida saludaba con estruendoso júbilo el bienhechor influjo que iban á derramar por los campos los estimulantes rayos del astro de la vida. Ya han cesado por ahora vuestros acostumbrados paseos bajo las frescas bóvedas de los bosques y florestas, á las cuales ibais á escuchar regocijados los agudos redobles y los melódicos gorjeos de las tiernas avecillas que ensalzando sus amores ó cantando sus querellas, saltaban de rama en rama recorriendo la arboleada y llevando sus mágicas armonías hasta lo mas oculto de las frescas alamedas. Los árboles no dan sombra, el verde manto con que se engalanaban, mustio y marchito, se ha ido poco á poco desprendiendo y cubre el suelo con una triste y rugosa alfombra amarillenta y los enamorados cantores han emigrado á muy lejanas tierras. Un fúnebre silencio reina por todas partes, el viento frio que silba y cimbre las ramas desguarnecidas arrastra á largas distancias estos triturados despojos que pronto se consumirán y el estridente crujido que hacen los ramillos y hojas secas al resquebrajarse cuando las pisais al atravesar la arboleada, os produce un efecto desagradable y os obliga á abandonar estos sitios que há poco fueron vuestro mas delicioso pasatiempo.

Dichosa edad aquella en que el hombre podia gozar de una continuada y nunca interrumpida primavera, en la cual no existían esas violentas transiciones del caluroso estío al aterido invierno, y en que una temperatura mas uniforme y mas elevada que la que se disfruta en la actualidad producía en el mundo de aquella época constante vida y perpetuo verdor. Todo el año ofrecía la naturaleza á aquellos afortunados habitantes, bellísimas flores, continuados frutos, tupidas frondosidades y esmaltadas praderas cubiertas de vigorosas plantas que hoy solo podrian vegetar en la mayor parte de nuestros climas durante la cruda estación, resguardadas y sumamente cuidadas en las estufas calientes y en los invernaderos. Apacible edad de oro en que la vida era mas sosegada, mas tranquila y mas duradera, y por la mayor regularidad de los climas menos espuesta al padecimiento de la multitud de enfermedades que hoy nos aquejan por las causas perturbadoras de las repentinas variaciones atmosféricas y de una vida tal vez menos morijerada y sencilla. Esta feliz edad y el cambio que ha experimentado la temperatura, las comprendereis perfectamente sabiendo como sabeis que en las regiones congeladas de la Siberia y en otros sitios en que hoy no puede haber vida porque falta hasta la vegetación, se han encontrado en estado fósil restos de rinocerontes y elefantes, lo cual os prueba hasta la evidencia que la naturaleza procede en sus obras y en sus transformaciones de un modo pausado, y lento y que los vegetales y los animales estuvieron en épocas anteriores á la nuestra mas extendidos y distribuidos con mas regularidad sobre la faz de la tierra.

El dia 1.º sale el sol á las siete y cuatro minutos, pasa por el meridiano á las once horas cuarenta y nueve minutos y veinte y seis segundos, se pone á las cuatro y treinta y cuatro, y está sobre el horizonte nueve horas y treinta minutos. El dia 15 aparece á las siete y diez y seis, llega al meridiano á las once horas cincuenta y cinco minutos, y está suspendido sobre el horizonte nueve horas y diez y nueve minutos. El dia 31 asoma á las siete y veinte y tres, toca al meridiano á las doce horas, tres minutos y treinta y dos segundos, desaparece á las cuatro y cuarenta y cuatro, y alumbra la tierra nueve horas y veinte y un minutos. Por cuya razon notareéis que el dia mengua durante este mes veinte minutos por las mañanas y un minuto por las tardes, mas desde el dia 15 el sol se va poniendo un minuto mas tarde y al llegar al 31, el sol se oculta diez minutos despues.

Suele suceder en algunas ocasiones que el mes de diciembre en la region central no se nos presenta en su mayor parte estremadamente frio, y si bien escarcha y hiela por las noches, luce y calienta el sol agradablemente en el centro del dia. Los vapores que se elevan de la tierra á la salida del astro rey, ocasionados por el deshielo de las escarchas, producen una flotante niebla que nos hace ver á media luz las montañas, los árboles y las casitas diseminadas por el valle, simulando aéreos bosquejos, ligeramente movidos é iluminados por las

empañadas ráfagas solares que en ciertas ocasiones y según el punto de vista en que se encuentre el observador son de un efecto admirable.

Cuando al ponerse el sol toman sus rayos un encendido color amarillento ó rojizo y se siente frio de repente, ó se levanta aire del Norte, ó si el cielo se pone despejado y la luna y las estrellas resplandecen fuertemente y las ascuas están muy claras y muy encendidas y brilla y alumbra mucho la llama de vuestro hogar, podeis tener por seguro que durante la noche caerá una fuerte helada. Ya sabeis que si la temperatura es muy baja el agua se solidifica porque pierde el calor necesario para permanecer en el estado líquido. Por esta razon comprendereis que encontrándose los terrenos humedecidos y esponjados por los rocíos, las nieblas, las lluvias y las escarchas, el agua que se encuentra interpuesta entre las moléculas de la tierra al sufrir esta gran dilatación, desterrona, tritura, desmenuza y ahueca la tierra como lo hacen las labores y la va así sucesivamente preparando y bonificando para la germinación de las semillas y el natural desarrollo de las plantas. Mas esto que es indudablemente un beneficio para los terrenos, es un gravísimo mal para las plantas delicadas y exóticas, cuyo organismo no puede resistir los crudos rigores de la estación. Y cuando las heladas son muy continuadas y la tierra se encuentra muy humedecida por los riegos ó por sucederse sin el intervalo suficiente las lluvias ó fuertes nieblas á las heladas que mojan y hielan las plantas, ó bien por la posición de un terreno naturalmente húmedo y espuesto al Norte, entonces toda la vegetación se resiente y con mas particularidad los vegetales muy jugosos y carnosos, por los muchos líquidos que contienen. De modo que ya comprendereis lo perjudicial que es el prodigar los riegos de pie durante la cruda estación y lo muy conveniente que será el colocar ciertas plantas arriadas á las paredes del Mediodía ó debajo de abrigos de quita y pon hechos con esteras ó con zarzos de paja.

El dia 21 á las doce y cincuenta minutos de la tarde principia el aterido invierno, que comprenderá todo el tiempo que ha de emplear el sol en volver desde el trópico de Capricornio al ecuador celeste. El astro solar al llegar á su mayor distancia del ecuador se nos presenta segunda vez como detenido y estacionado momentáneamente en su carrera; así es que observareis que desde el dia 19 hasta el 23 inclusive solo alumbra la tierra por espacio de nueve horas y diez y siete minutos, siendo por consiguiente los dias mas cortos del año, y verificándose por esta razon el solsticio de invierno. El dia 21 entra este astro en el signo de Capricornio, y las nieblas, las lluvias, las escarchas, los hielos y las nevadas, se irán sucediendo alternativamente. El cielo encapotado y cubierto con un parduzco y pesado manto, apenas nos deja entrever el dia claro y sereno; el sol inclinado hácia las estremidades del universo dirige sus débiles y oblicuos rayos al través de una atmósfera densa y muy cargada de vapores acuosos. Cuando las nieblas son bajas y no muy espesas, alcanzareis á ver de vez en cuando este astro, cuyo disco cárdeno ó pálido suele estar orlado de manchas muy oscuras que parece se destacan de los densos grupos de plomizos nubarrones que se encuentran desparrramados por el opaco firmamento. Cada vez el tiempo se nos presenta mas tétrico y desapacible, y en ciertos dias notareéis que el astro de la luz y del calor aunque se le ve suspendido sobre el horizonte, ni alumbra ni calienta y se hunde precipitadamente en el ocaso dejando abandonada á las lúgubres tinieblas de la noche la tierra lánguida y desfallecida. La noche es larga, medrosa y fria; ni asoma ni luce ninguna estrella en la bóveda celeste, las nubes fatigadas, discurren por el espacio lentamente, interponiéndose, mezclándose y confundiendo unas con otras hasta formar una cerrada y sólida oscuridad. El viento ruge y azota furioso las crestas de las montañas, y al estrellarse en los erizados peñascos rebota con mas fuerza hácia la llanura. La oscuridad, el frio y el huracán hacen la noche mas lúgubre y tenebrosa, la vida parece que va á espirar y la naturaleza fuertemente conmovida por estas violentas transiciones, lanza de cuando en cuando profundos y lastimeros gemidos.

A la noche que principió sin crepúsculo sucede un dia sin aurora, pero el intenso frio y el airado viento que ha poco se dejaban sentir con tanta rudeza, se van disminuyendo en gran manera; con todo, el cielo parece como que se ha espesado y marca mucho mas su melancólico y ceniciento color. Reparad que ligeras chispitas de nieve atraviesan con lentitud las primeras capas de la atmósfera; observad que cada vez son mas visibles y mas numerosas; mirad ya el espacio lleno por todas partes de un abundante desprendimiento de algodonosos copos que caen pausadamente sobre la tierra. Salid entonces al campo y le vereis cubierto de un blanquísimo y deslumbrante sudario, y notareéis que las tímidas aves sorprendidas en busca de su sustento huyen desparvoridas y van á ocultarse en lo mas recóndito de sus ignoradas viviendas. La naturaleza aquejada y oprimida por tan rudos embates, no pudiendo sufrir tanta crudeza, se desahoga por fin vertiendo sobre la tierra este abundante y fecundo maná que ha de fertilizar los campos. Por eso los vapores acuosos de la atmósfera se condensan hasta liquidarse, y por el enfriamiento

se solidifican desprendiéndose en estado de nieve, cuyas simétricas y elegantes formas podéis reconocer perfectamente si recogéis los copos en un paño negro y los miráis con un lente ó con un cuenta-hilos, y aun en muchas ocasiones los vereis á simple vista.

En este mes debereis visitar vuestros frutereros, porque ya habrán madurado las peras sarracenas, la de manteca de Inglaterra, la de Martín Seco, la bequesne, la pastoral, la crassane, la de bezi de Quesnoy, la de Cantillac, la de San German, la marquesa, la rayada, la de bezi de Chaumontel, la almizcleña, la espina de invierno, la de Siculle, la de Charsery, la de jardín, la de buen cristiano turca, la real de invierno, la pera de á libra, la pasa colmar, el tesoro de amor, la buena Luisa y la de San Agustín. Entre las manzanas maduran la reineta de Bretaña, la reineta del Canadá, la reineta tierna, la reineta gris del Canadá, la encarnada, la cohombro, la cohombro pequeña, la mal cortada encarnada, la bella de bosque, la América de cara ancha, la gran papá, la calvilla encarnada de invierno, la reineta enana, la normanda, la castaña, la de calzon de suizo, la de corazon de buey, la manzana membrillo, la manzana negra, la de api, la de api negro, la de api doble, la de api grande, la de hinojo gris, la de pichon, la manzana de oro, la corto-colgada, la manzana de mar, la reineta de Inglaterra, la reineta princesa noble, la faros grande, la faros pequeña, la reineta francatu, la reineta dorada, la reineta de Caux, la reineta gris de Grenville, la manzana dulce de gajo, la pastofe de invierno, la dulce pequeña, la rambours de invierno, la dulce de Angers, la bondy grande y la de follaje encarnado.

En diciembre continuareis la cava general que habeis de dar al terreno que destineis para flores verificándolo exclusivamente cuando no esté muy sobrecargado de humedad. Del mismo modo proseguireis la distribución y plantación de los jardines de nueva planta, el trazado y arreglo de los parterres, arrietes y platabandas y todas las demás labores, cuyo método de ejecución os dejamos manifestado en el mes anterior.

También podéis continuar la plantación de árboles frutales y como estos los habeis de elegir de las mejores castas y de los que os proporcionen frutas de invierno y de verano vamos á proponeros los medios para que consigais fácilmente este ventajoso resultado. Supongamos por un momento que teneis un espacio de terreno de cincuenta y cinco metros de largo por treinta y cinco de ancho y lo queréis destinar para frutas y flores. Lo primero que habeis de hacer, es pensar en cubrir y tapiar las cuatro paredes de este cercado con los frutales que os vamos á enumerar, ó con otros equivalentes de los que ya conocéis. De modo que en la pared del Mediodía distribuireis los albaricagos, los melocotones, los ciruelos y los albaricagueros, en esta forma: un albaricoque, un melocoton, un albaricago, un ciruelo, un albaricoque, una duraznilla, un albaricago, una ciruela claudia, y en el cuarto extremo una higuera. Entre medias de estos árboles, podéis poner cordones de grosella y frambuesa, manzanos enanos y alguna parra. En la pared del Norte, colocareis ocho perales de invierno, cuatro avellanos y tres madroños, es decir, un peral, pera de ambar, un avellano, un peral bergamota, un madroño, un peral, buen cristiano de invierno, un avellano, un peral, pera calma, un madroño, un peral, pera virulosa, un avellano, un peral, pera espina, un madroño, un peral de San German, un avellano, un peral martin seco, y en el ángulo una higuera. En la del Poniente, cuatro perales y tres manzanos de verano; ó lo que es lo mismo, un peral de San Juan, un manzano carmin de julio, un peral, reineta amarilla temprana, un manzano, calvilla de estío, un peral bella de agosto, un manzano, manzana de Astracan, un peral moscatel de Holanda, y en el extremo una higuera. En la pared que mira al Este un peral, un manzano de los cuatro sabores, un peral muslo de dama, un manzano de agua dulce, un azufaño, un manzano reineta del Canadá, un níspero y en el ángulo una higuera.

Como que este terreno lo debereis dividir en cuatro cuarteles, en cada uno de ellos, podéis plantar á todo viento los demás frutales que poseais de la manera y formas que inmediatamente os daremos á conocer. En las calles del centro que cortarán todo el terreno en figura de cruz, formareis un emparrado con las castas mas selectas de parras como son la marquesa, la corazon de cabrito, la bocal, la de San Diego, la teta de vaca, el moscatel romano y otras varias.

Para señalar el sitio en que habeis de abrir los hoyos para plantar los árboles, tomareis un rodete ó cinta de medir, una cadena ó simplemente una cuerda en la cual señalareis á distancia de cinco metros, unos diez y ocho pies, por medio de un nudo ó de un palito ó astilla introducida por entre el mismo tejido de la cuerda. Inmediatamente cogereis entre dos los extremos de la cuerda, cinta ó cadena, y marchareis á cualquiera de los ángulos de las paredes, llevando el que vaya delante ocho estacas para clavarlas en los sitios convenientes. En esta disposición, se comienza á medir desde el mismo ángulo ó rincón de la pared, poniendo una estacilla en donde haga los cinco metros, y así sucesivamente se irá midiendo y poniendo estacas á lo largo de las paredes, escepto en los ángulos, porque allí no se ha de abrir ningún hoyo grande. Despues de haber trazado

una calle á todo alrededor y las dos centrales que se han de cortar en forma de cruz, seguireis en cada uno de los cuatro cuarteles la distribución de los hoyos, teniendo en cuenta que las líneas de árboles han de distar unas de otras los mismos cinco metros y que la plantación ha de estar al tresbolillo. Es decir, que la primera línea la señalareis midiendo de cinco en cinco metros, la segunda y todas las demás principiareis también á los cinco metros de la primera; mas para marcar el primer árbol, solo medireis dos metros y medio, haciéndolo despues de cinco en cinco, á fin de que resulten los árboles de esta segunda fila, colocados en el frente y al centro de los de la primera, formando un triángulo equilátero. De modo que las filas segunda, cuarta, sexta y octava, comenzareis á medir para el primer árbol dos metros y medio, en cuyo caso siempre resultará el tresbolillo. En las heras que resulten despues de tajado el terreno, sembrareis y plantareis todos los vegetales de adorno que os dejamos manifestado en el mes anterior.

Si el terreno fuese suficientemente capaz para trazar en él un gran vergel, debereis tener presente la época de la maduración de los frutos para verificar por secciones la plantación de los árboles frutales. Así, pues, es necesario que sepais que en el mes de mayo además de las diferentes fresas con particularidad las tempranas, madura la cereza, inglesa ó guinda. En junio la guinda negra, el albaricoque temprano, la cereza gordal comun, la cereza de Choisy y el melocoton temprano. En julio la cereza comun, el albaricoque blanco, la cereza de Cherry-duck, la manzana calvilla de estío, el albaricoque comun, la pera de la Magdalena, la ciruela de Monsieur, la ciruela real de Tours. En agosto la pera de Orange, la grande rojita, la jargonella, la de ahorro, las ciruelas de la reina Claudia, las mirabeles, el albaricoque melocoton, los melocotones de la Magdalena, los de Courson, los de Malta, la bella de Vitry, la miñona grande, el violeto precoz, la pera encarnada de Rhims, la ciruela de Jerusalem, y las peras de Passy y la de don Guindo moscatel de verano.

En setiembre las ciruelas claudias violetas, el melocoton hebroso, los bruñones, las peras de Inglaterra, la del señor Juan, la de buen cristiano de estío, la del deanato, la manteca gris y dorada, los melocotones blancos, el grande violeto, la ciruela de Santa Catalina, la albilla, la de Fontainebleau, el chaselas violeto y el melocoton de teta de Venus. Para octubre la pera bergamota suiza, la de aguas ó moja-bocas, el melocoton á modo de albaricoque, la manzana de sabor de hinojo amarilla, la reineta blanca y del Canadá, la pera de azúcar verde y la manzana de San Martín. Para noviembre las peras de Crassane, la de San German, la de Martín seco, la virgulosa, las calvillas ó manzanas encarnadas y las blancas, la camuesa reineta de Inglaterra, y las peras del buen cristiano de Rioja. Para diciembre las manzanas reinetas doradas, las grises, las blancas, las del Canadá, las peras virgulosas y las de don Guindo de invierno. Para enero las mismas y las peras de Chaumontel, la bergamota de pascuas, la real y las camueas de castaño. Para febrero las mismas y las peras de buen cristiano, la colmar y las camueas de apio. Para marzo y abril las camueas reinetas y de apio, las peras de colmar, las de á libra, las de Cantillac, las de cocina y la morisca.

En los invernaderos cuidareis de que las plantas no tengan exceso de humedad, para lo cual os abstendreis de regar y en los dias claros tendreis abiertas las vidrieras de doce á dos de la tarde. En las estufas calientes, tendreis sumo cuidado de echar las esteras por las noches y aun dejarlas puestas en aquellos dias en que estuviese helando, mas en aquellos en que no hiciese mucho frío ó estuviese lloviendo, tendreis abiertos los ventiladores de doce á una, á fin de renovar el aire del interior, el cual encontrándose sobrecargado de vapores y enrarecido por el calor que se desprende de la batura viva, unido á la poca luz, puede ocasionar grandes perjuicios á las plantas delicadas.

MELITON ATIENZA Y SIRVENT.

DEMOSTRACIONES CRITICAS, PARA LOS

LECTORES DE EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, IMPRESO EN ARGAMASILLA DE ALBA (1).

ADVERTENCIA.

En los primeros dias de estar de venta la edicion que queda mencionada, tuve deseos de verla; mas como esto no me fuese buenamente posible conseguirlo, en el punto donde entonces me hallaba, dejé el satisfacer mi deseo para despues y cuando ningun sacrificio me costase.

Juzgué entonces, y lo mismo juzgo ahora, que cuando compramos un libro, si sale malo, que es por desgracia lo mas comun, compramos en él un estorbo, que nos produce una molestia muy parecida á la que

sentimos, cuando por nuestro descuido ó torpeza, nos cuelan un duro falso.

A principios de julio vino á mis manos por primera vez (prestada por supuesto) la edicion pequeña (1) impresa en Argamasilla; y á poco que la hojeé quedé convencido de que en ella y con ella se ha hecho la mayor ofensa que ha podido hacerse á nuestros blasones literarios.

En esa edicion, se ha alterado, desfigurado y corrompido, sin miramiento alguno, el texto de una obra, que siendo las delicias de los españoles, es la admiración de los extranjeros, y el monumento mas permanente y grandioso de cuantos, para alimentar nuestro legitimo orgullo, nos legaron nuestros pasados.

Desgracia grande es, dije entonces para mí, que la mayor parte de los comentadores y anotadores que han pretendido hasta ahora ilustrar la mejor obra del mayor de nuestros ingenios, solo hayan poseido ese talento negativo, poco envidiable á la verdad, que sin percibir las bellezas, solo es capaz de conocer los defectos. Y si los que por defectos toman y quieren darnos, lo fuesen siempre, ya por lo menos podria decirse que eran jueces competentes para juzgar de lo malo, aunque incapaces para decidir acerca de lo bello. Pero es el caso, que con la mayor frecuencia y frescura se proponen á calificar de defectos, bellezas de primera magnitud, solo porque no cupieron en sus estrechas cabezas, ni tocaron sus helados corazones.

Bajo la dolorosa impresion que produjeron en mí estas reflexiones, comencé á tomar algunas notas, con el objeto de darles despues y cuando tuviese comodidad y espacio para ello, la estension y forma que para su publicacion me pareciesen mas adecuadas.

Se ha retrasado, contra mi deseo, la publicacion de este trabajo, que hoy doy por terminado, aunque no por concluido: forzándome á esto, por una parte mi natural pereza para escribir, y por otra la circunstancia de haber de publicarse en un periódico que, teniendo por principal elemento de vida la variedad, no es á propósito para llevar artículos demasiado estensos.

Nunca al escribir estos párrafos, me ha abandonado el propósito de hacer ver, que allí donde en el texto del *Quijote* se ha alterado ó suprimido una palabra ó frase, creyendo hacer desaparecer un defecto, se ha mutilado ó destruido una belleza: en una palabra, sacar luz del humo,—y no humo de la luz como otros se propusieron,—es lo que yo me propongo.

Aquí doy fin á mi *Advertencia*, sin detenerme á hacer salviedades. Mi intencion es buena, mis razonamientos podrán ser defectuosos; y en este caso, sufriré lo que venga detrás:

Pues yo sé como cualquier,
Y cualquiera debe sa-
«Que el que imprime neceda-
Dálas á censo perpe-»

Párrafo primero.

Parte II, cap. VII (2). Nota 47, tomo 3.º.

Testo de Cervantes. «Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la insula que me tiene prometida, no soy tan ingrato ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal insula, y se descuente de mi salario, gata por cantidad.»

En lugar de *ni lo creo ni lo espero*, pone el señor Hartzbusch, *ni lo creo ni lo desespero*, lo cual en el lenguaje familiar se espresaria mas correctamente diciendo, *ni lo creo ni lo niego*, y dice apoyando su enmienda: «Algo esperaba Sancho, cuando habia dicho á su mujer: Si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto.»

Convenimos con el corrector en que algo esperaba Sancho; pero hay que notar, que su esperanza no era tan viva que no dejase suficiente lugar á la desconfianza. No hacia mucho que el bachiller Sanson Carrasco le habia motejado de demasadamente crédulo, en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el señor Don Quijote; y aunque éste acude á la observacion del bachiller, contestándole que aun era temprano (*aun hay sol en las bardas*), y que cuanto mas fuese Sancho Panza entrando en años, mas idóneo y hábil se hallaria para ser gobernador, el fiel escudero no se conforma con este parecer, y concluye diciendo: «El daño está en que la dicha insula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mi el caletre para gobernarla.» En otra ocasion dice, contestando al ama de Don Quijote: «el me sacó de mi casa con *enganifas*, prometíndome una insula que hasta agora la espero.» Bien claro se ve en estos y en otros muchos lugares, la desconfianza que Sancho tenia de llegar á calzarse la prometida insula.

La esperanza pues, que Sancho tenia de llegar á ser gobernador, no pasaba de ser una de esas esperanzas vagas que, como la luna, tienen sus crecientes y sus menguantes. El deseo de llegar á realizarla, y el te-

(1) Quedan abiertas las columnas de El Museo para la polémica literaria que puedan producir los artículos que hoy empezamos á publicar.

(1) La grande ni la vi entonces, ni la he visto despues, ni pienso verla en lo sucesivo.

(2) Esta cita sirve para buscar en el *Quijote* el lugar que aquí se copia, y la siguiente para hallar en la edicion de Argamasilla la nota á que nos referimos.

mor de verla desvanecida, dan ocasion en la obra del inmortal Cervantes á mil incidentes llenos de inimitable gracia y de moralidad profunda. En esa alternativa en que Sancho se hallaba, es lo natural y lógico, que esperase unas veces, y desconfiase otras;—y en consecuencia de esto, la enmienda hecha por el señor Hartzbusch, no se halla justificada.

Por otra parte, debe advertirse, que no se hallaba Sancho Panza en el mismo caso cuando habló con su mujer, á la que deseaba consolar y dar una idea ventajosa de su posicion oficial (como ahora se diria), que cuando habló con su amo, de quien esperaba la prometida insula.

No era, seguramente, la esperanza de Sancho muy viva; y tanto por esto como porque manifestando no creer en la posibilidad del bien que tibiamente esperaba, se hallaba mas desembarazado para entrar con su señor en el tanto mas cuanto del salario que pretendia le señalase, fue el decir, *ni lo creo ni lo espero*.

Nada hay, pues, de contradictorio en que Sancho se manifestase confiado al hablar con su mujer, y desconfiado al hablar con su señor. Lo que sí se nota en esto, es el mas profundo conocimiento del corazon humano, y esa maravillosa verdad, que ha dado á Cervantes (y es lo menos que puede decirse) el primer lugar entre nuestros escritores.

«Pero, señor, (podrá decir alguno) vuestras observaciones y modo de discurrir, llevan las cosas á un grado extremo de sutileza. No parece muy probable que al tiempo de escribir Cervantes su obra, tan apresuradamente como se deja conocer que la escribió, se fijase en estas relaciones casi imperceptibles, cuya existencia puede considerarse como un mero efecto de la casualidad, y cuyo descubrimiento, si lo es, no puede hacerse sino en fuerza de un estudio detenido, y de una meditacion sostenida y profunda.»

¡Falsedad! contestamos.

El verdadero genio aventaja en sutileza y profundidad á la crítica mas sutil y profunda. En sus concep-



PALACIO DE LA ESPOSICION EN AMSTERDAM.

ciones, no busca las relaciones, pero las halla; no huye de lo falso, pero no lo toca; no va paso á paso tras la verdad, pero alcázala de improviso;—y dejando el análisis á la crítica, sintetiza con maravillosa perfeccion y presteza.

Es el genio un Proteo que se trasforma, ya en rudo campesino, ya en palaciego artificioso, ya en púdica doncella, ya en desenvuelta cortesana,—y que en cualquiera de estas y de las demás innumerables figuras que puede tomar, cuyas edades, caracteres y situaciones quedan á su arbitrio, habla y obra de la misma manera que hablaría y obraría el sugeto de cuya forma se ha revestido.

La verdad se halla en la contradiccion, cuando la contradiccion es una consecuencia legítima de las aberraciones del entendimiento ó miserias del corazon humano.

No dejará de ser verdadero el carácter de un personaje de novela cuando se contradiga, diciendo antes una cosa y despues otra, si esta contradiccion es el resultado del profundo conocimiento que de los hombres tiene el novelista. Pondremos un ejempló notable de esta verdad, tomándolo de la obra misma que nos ocupa, y que con tanta falta de respeto como sobra de atrevimiento (por no decir otra cosa), se arrojan algunos á corregir y alterar.

El hombre cuando el amor, el odio, el miedo ó el interés no le estravía, nunca (á no ser un malvado) se aparta de la senda de la rectitud y de la justicia. Com-

padece al desgraciado, y mas todavia si conoce que por sus buenas prendas y virtudes, es digno de mejor suerte.

Por esta razon, cuando oyó por primera vez Sancho Panza la relacion de los amores de Basilio con la hermosa Quiteria, y que Camacho el rico iba pronto á convertir en humo las esperanzas de su angustiado rival, dice: «A mi mujer con eso, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice, cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria: que buen siglo hayan y buen posó (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren.»

¿Puede darse un defensor de la causa del pobre Basilio mas ardiente y desinteresado? ¿no? Pues bien, muy pronto abandonará la causa que ahora abraza; y dejando de ser defensor, pasará á desempeñar el oficio opuesto.

(Se continuará.)

ZACARIAS ACOSTA.

GRAN ESPOSICION INDUSTRIAL

DE AMSTERDAM.

En una de las revistas anteriores hemos hablado del palacio de la esposicion erigido en Amsterdam á ejemplo

de los de Lóndres y París. Hoy damos un bellissimo grabado que lo representa y que podrá escitar en nuestro público el deseo de poseer otro palacio semejante. El pueblo de Amsterdam con su constancia proverbial, ha organizado en él una completa esposicion de los productos del arte y de la industria, y el nuevo edificio representado en nuestro grabado, contendrá dentro de poco las maravillas de la paciencia y del ingenio holandeses, asi como las de los paises extranjeros, muchos de los cuales tomarán parte en este certámen.

Ahora que los medios de locomocion de Amberes á Rotterdam y Amsterdam se han hecho tan fáciles, y que los caminos de hierro unen á todas las capitales del continente de Europa, no dudamos que escitará grande interés la esposicion industrial de un pueblo, cuya existencia misma es un milagro de la industria y del arte.

EPISODIOS DE LA INUNDACION.

La segunda mitad del dia 4 de noviembre hacia dos horas que estaba comenzada; la tempestad que se cernia sobre nuestras cabezas desde las diez de la mañana, seguía rugiendo y vomitando exhalaciones cual si entrábase un monstruo que amenazara tragarnos; el agua se desplomaba á torrentes, el cielo estaba lúgubre, la

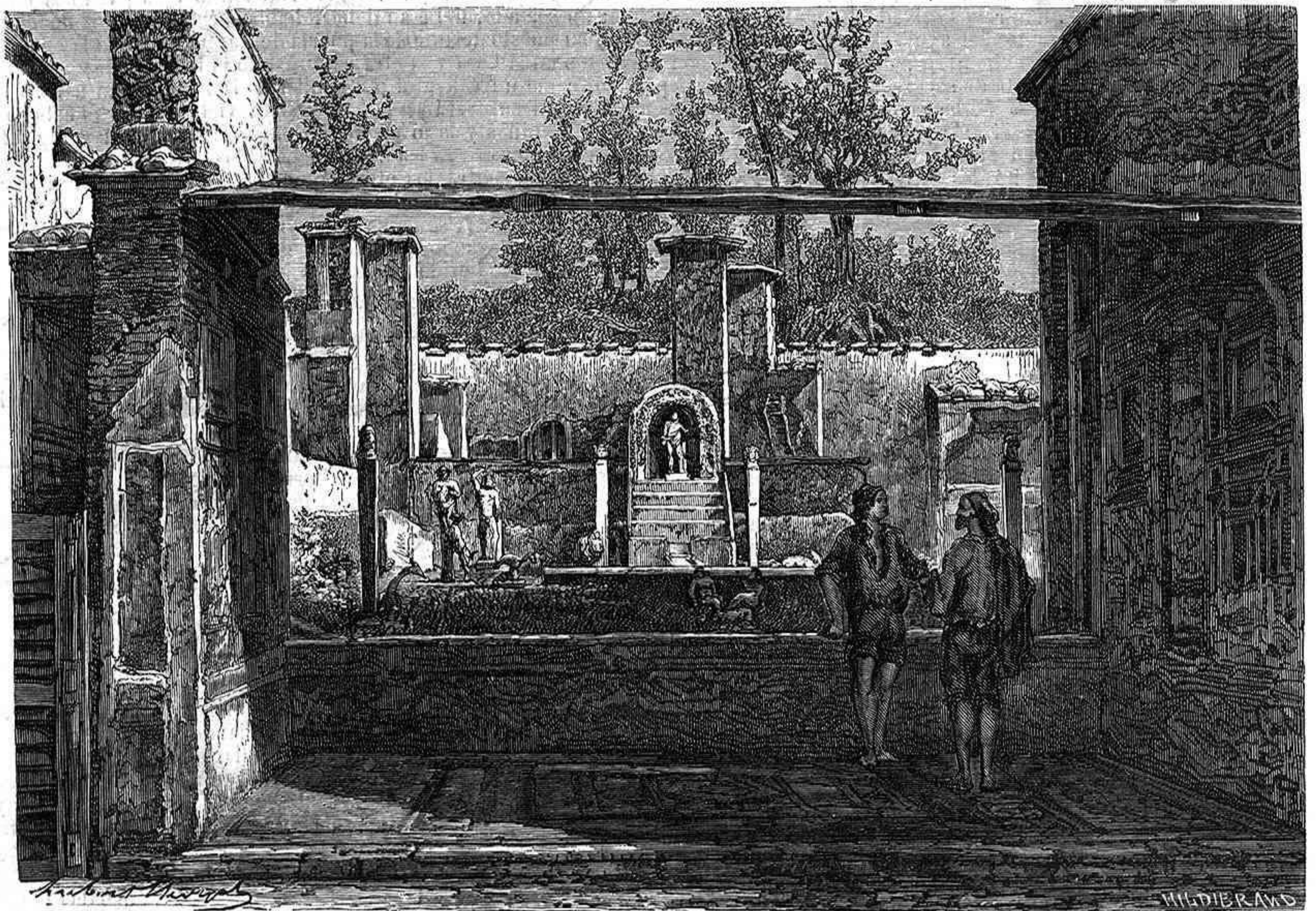


VISTA DEL ESTABLECIMIENTO DEL TINTE Y MAQUINARIA DE DON ANTONIO FUSTER (EN ENGUERA), EN EL ACTO DE LA INUNDACION.—DIBUJO REMITIDO POR EL SEÑOR GARNELO.

tierra sumergida. Desde las altas cumbres descendían á saltos impetuosos torrentes, que cada vez mas furiosos corrían por todas partes á incorporarse al turbión que todo lo arrollaba; sobre su espalda flotaban ya gigantescos árboles, maderas de construcción, pedazos de edificios y animales ahogados; aquel mar errante había invadido y asolado ya la morada del hombre, lo cual probaba que su crecida era imponente; soberbia, aterradora. La cólera del cielo se leía fatídica en aquella página de destrucción. Quien no la ha presenciado no puede concebirla. El recuerdo del aluvion del año 55 que causó tantas desgracias, tenía prevenidos á los mas espuestos: todos los artefactos de la margen del rio se hallaban abandonados. No sucedía así en el tinte y máquina de hilar de don Antonio Fuster; sus operarios, muchos en número, se creían menos amenazados, porque la circunstancia de hallarse los edificios en un recodo del rio les había dejado incólumes en la pasada avenida. Y no obstanté, arrebuados en sus mantas, inmóviles, tristes, callados y orando quizá, miraban de vez en cuando la creciente del rio que se hinchaba por momentos; el miedo comenzaba á helarles; la imagen del peligro se les mostraba patente y trataron de evadirse. La alarma y la confusión les detuvo algunos minutos, y entre tanto uno de ellos que se había acercado á la ventana, retrocedió aterrado, se tapó los ojos y exclamó; «¡Somos perdidos!» Una palidez marmórea matizó instantáneamente los semblantes de todos, cual si en aquel momento les alumbrase una llamarada fosfórica; habían abarcado la inmensidad del peligro y estaban acobardados. «¿Qué hacer?» se dijeron todos. «¡¡A salvarnos, á salvarnos!!» Un nuevo torrente les había sorprendido por la espalda del edificio; la salida era peligrosísima, y sus paredes no podían por mucho tiempo re-

sistir á sus empujes. Los mas jóvenes, los mas robustos, los mas osados, se lanzaron los primeros á luchar con aquel enemigo formidable; para ganar el punto de salvacion era preciso subir por las mismas gargantas que improvisaba el agua, puesto que no quedaba camino. Y no por eso se arredraron; entre un pe-

ligro inminente y una muerte segura no cabía indecisión. «Arriba, arriba,» gritaron á una voz; y unos tras otros como una cadena de muertos evocados de un sepulcro, alzando al que caía, empujando al que desmayaba y sacando al que se sumergía, contusos, helados, jadeantes, lograron escapar la mayor parte.



POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.—CASA DE LUCRECIO.—DE FOTOGRAFIA.

Seis fueron no mas los que repelidos y derribados mil veces por la corriente, no pudieron alcanzar la fortuna que sus compañeros, y vueltos de nuevo al edificio se resignaron á todo. ¡Estaba con ellos todavía la esperanza! El agua cubria el primer piso; quedaba el segundo y en él se refugiaron. Mas ¡ay! su risueña ilusión se iba perdiendo; el agua les seguía y pronto tuvieron que nadar ó asirse á un punto mas alto para no sucumbir. Sobre ellos estaba el tejado y no era posible alcanzarle. ¡Qué angustiosa situación! Encerrados en un estrecho recinto sin salida, sin luz, sin aire, buscaban á tientas por las paredes con histérica avidez una viga, una cuerda, un clavo á donde agarrarse; y nada conseguían; aquella estancia prometía ser dentro de poco un sarcófago. Un ¡ay! que debió llegar al cielo se lanzó anónimo del pecho de aquellos infelices; habían sentido crujir las vigas, vacilar las paredes y resbalarse el piso; se creyeron víctimas. El edificio se abismó en el agua con la celeridad del cetáceo que se zambulle en el mar.

Envueltos entre montones de espuma, aparecieron no obstante adheridos á los barrotos de las ventanas en el trozo de edificio que no se derrumbó. La fatalidad sin duda les había sugerido aquel punto de apoyo para gozarse en su agonía; descansando en el agua y medio tragados ya, cada oleada que huía era un mordisco que les arrastraba, pero sobrados de espíritu se resistían á la muerte; lloraban, sí, lloraban, pero no decaían. ¡Qué recurso les quedaba! La tempestad en el cielo, en derredor un torrente, á sus pies un mar.

En uno de aquellos grupos se agitaba desesperado un padre por salvar al hijo que tenía á corta distancia; el peligro era común, pero el cariño paterno se lo exigía. ¡Oh, que su ansiedad duró muy poco! Socavada la pared se desgajó por mitad, y el hijo con los demás del grupo rodaron hacia el seno del escarpado abismo. «¡Adios, hijo de mi alma» se le oyó decir en el colmo de la aflicción, y el objeto de sus ansias apareció un momento en la superficie, convulso, afónico y agitando las manos cual si quisiera contestar á su despedida. En tan lastimero estado no cabía ya esperanza, y morir poco á poco, sintiéndose enfriar, y oyendo su estertor, era agonizar demasiado; la muerte les parecía preferible á tanta lucha. El agua les envolvía en sus remolinos sin dejarles respirar, y les faltaba un esfuerzo, alcanzar el tejado; no había instrumento para perforarle, y arañando, mordiéndolo, rajando y contundiéndolo con los puños, con la cabeza, con los codos, como epilépticos, logró uno de ellos introducir el brazo por la hendidura hecha á tanta costa; su brazo sirvió de cable á los tres, pero aquel cable no podía durar mucho tiempo; de su gastada energía pendía la vida de tres hombres, el pan de tres familias; cada músculo que se relajaba era un paso hacia el abismo; la tempestad no cedía. Cerca de tres horas llevaban pasadas en aquel tormento; y desahuciados del todo habían ya cerrado los ojos para espirar.

Un hombre, un curioso que los había visto desde el balcon de la casa que está en salvo, conoció su situación, no pudo resistir á sus impulsos: para él era un deber salvarles aun á riesgo de su vida, estaba resuelto: los que con él estaban, naufragos salvados, sin abrigo, sin fuerzas, sin ánimo, rehusaban ayudarle; «¿y consens tireis, les dijo, que esos tres hombres, que son nuestros hermanos, perezcan por falta de socorro? Yo no puedo consentirlo... ¿me seguís?» Nadie contestó. «¡Virgen Santísima, ayudadme!» exclamó; y solo con un mazo de cuerdas, su decision y su arrojo, vadeó un torrente, se acercó al peligro, les gritó, les envió una cuerda, y uno tras otro fueron los tres salvados. Aquellos infelices, al llegar á él, pugnaban por abrazarle y caían desmayados; no tenían otro modo de manifestar su agradecimiento.

Su corazón estaba satisfecho, su ambición saciada, su deber cumplido; apoyados en él, lograron reunirse á los demás en un albergue seguro. Aquel hombre, héroe de abnegación, de arrojo, de filantropía, no faltó un momento de su lado, desatendió á su esposa, á sus hijos á su madre, y su pan, su ropa, su leña, todo lo cedió contento para restablecer á los moribundos. A pesar de todo cree no haber hecho nada. Vive en la indigencia, contento con el pan que se lleva á la boca empapado en sudor de sangre. Personas tan humildes, corazones tan buenos, almas tan grandes, son seres prodigiosos escondidos por la Providencia, y que merecen el reconocimiento del gobierno y el aprecio de la nación.

El trofeo de su triunfo son tres vidas, su galardón la indigencia... ¿Por qué no se le premia? ¿En los campos de batalla no se verifica con el que mejor sabe matar? ¿No es mas digno el que voluntariamente se espone y logra arrancar tres víctimas á la muerte?

JOSÉ RAMÓN GARNELO.

POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.

(CONTINUACION.)

VII.

Durante una fiesta, el 23 de Noviembre del año 79 estalló la terrible erupción que se tragó la ciudad. El

testimonio de los antiguos, las ruinas de Pompeya, las capas superpuestas de cenizas y de piedra pomez que las han cubierto, los esqueletos sorprendidos en la actitud de la agonía ó de la muerte, todo nos cuenta la catástrofe: nada puede añadirle la imaginación. El cuadro está allí, á nuestra vista, le vemos, asistimos á él. Sentados en el aliteatro asistimos á la primer conmoción, á los primeros relámpagos que anuncian el incendio y el hundimiento. El suelo se ha estremecido muchas veces y una especie de tromba de polvo, cada vez mas espesa se ha elevado por los aires.

Desde algun tiempo antes se oía hablar de gigantes, que tan pronto en la montaña como en la llanura pasaban por el aire. Estos gigantes aparecen de nuevo y se levantan en toda su altura en torbellinos de humo, donde se oyen ruidos extraños, mugidos terribles... despues tronadas estallando continuamente, luego la oscuridad mas completa. Anchas llamaradas rasgaban las tinieblas; oíanse gritos en las calles: ¡Es el Vesubio que se incendia! ¡De repente los pompeyanos, aterrorizados, dejan el anfiteatro dándose por contentos de encontrar puertas para salir á un tiempo sin aplastarse, y algunos pasos mas allá las puertas de la ciudad y la campaña franca á su temor. Sin embargo, despues de la primera explosion, despues del diluvio de cenizas, cayó el diluvio de fuego, compuesto de piedras ardiendo impelidas por el viento... La lava ardiente caía lenta, fatal, sin espera, sin descanso, con una implacable continuidad. Esta llama sólida, pétreca, llena las calles, se apila en los tejados, se apilaba sobre las casas, sobre las tejas que se rompen, y las vigas que se encienden. Comunicase así el incendio de piso en piso, hasta el empedrado de los patios donde se amontona la lava con sus copos rojos y abrasadores que caen lenta, fatalmente, descendiendo siempre!...

¡Desgraciados de los que buscan abrigo en las tiendas, bajo los arcos del teatro, en los subterráneos; la ceniza los envuelve y los ahoga!

¡Desgraciados en particular aquellos á quienes detiene la avaricia, ó la sensualidad! la favorita de Salustio, las jóvenes de la casa del poeta, que se han retardado para coger sus joyas, caerán asfixiadas entre sus ornamentos, que dispersados en su derredor, contarán al mundo futuro la vanidad de sus últimos cuidados. Una mujer en el atrio de la casa del Fauno, corría á la ventura cargada de sus joyas; no pudiendo ya respirar, se refugió bajo el tablinum y trató en vano de sostener con sus brazos al cielo raso que caía sobre ella. Murió pulverizada. No se ha encontrado su cabeza.

En la calle de los Sepulcros debió encontrarse una multitud inmensa: los unos venían del campo á refugiarse en la ciudad, los otros huían de sus incendiadas casas para buscar amparo á cielo raso. Uno de los primeros cayó hacia adelante, vueltos los pies hacia la puerta de Herculano; otro boca arriba, levantados los brazos; llevaba en la mano ciento veinte y siete monedas de plata y sesenta y nueve piezas de oro. Otro igualmente cayó de espaldas. ¡Cosa extraña, murieron mirando al Vesubio! ¡Una mujer con un niño en los brazos, se había ocultado en un sepulcro y la erupción lo tapó sobre ella: un soldado, fiel á su deber, había permanecido fijo en su puesto delante de la puerta de Herculano, con una mano en la boca y la otra empuñando la lanza, así pereció, como un valiente! ¡La familia de Diómedes se reunió en un subterráneo; diez y siete víctimas, entre mujeres, niños y la jóven cuyo seno se incrustó en las cenizas, fueron gráficamente sepultados vivos, apretados los unos contra los otros, muertos violentamente por la falta de aire, ó tal vez lentamente de hambre!... Arrio Diómedes, se había escapado solo, abandonando su casa y llevando consigo un esclavo que le llevaba la bolsa. Cayó herido de un rayo junto á su jardín. ¡Cuántas desgracias aun, cuyos últimos detalles conocemos!: el sacerdote de Isis, que rodeado de llamas, no pudiendo salvarse en la calle incendiada, rompió dos paredes con su hacha, y ya ante la tercera estenuado sin duda, derribado por el diluvio, lanzó su último aliento siempre con el hacha en la mano; y aquellos pobres animales atados que no podían escapar; el burro de la panadería, los caballos de la hostería de Albino, la cabra de Sirico que fué á acurrucarse en el horno de la cocina donde se ha encontrado hace poco la esquila que llevaba al cuello. ¡Y los infelices presos de la casa de los gladiadores, enclavados allí y á sus hierros que les maceraban las piernas!...

¡Qué horrorosa noche, y qué dos dias siguientes! ¡Vino el dia; pero sin luz, lleno de tinieblas: no las de una noche sin luna, sino las de una habitacion cerrada y sin luces! En Misena, donde estaba Plinio el jóven, que ha descrito la catástrofe, no se oían mas que voces lastimeras de niños, de hombres y de mujeres llamándose, buscándose, invocando la muerte, prorumpiendo en lágrimas ó en gritos de angustia, y creyendo llegada la eterna noche donde los hombres y los dioses iban á extinguirse. Despues cayó una lluvia de cenizas tan espesa, que á siete leguas del volcan era preciso sacudirse sin descanso para no ser ahogado. Fue esta ceniza, segun dicen, hasta Africa, y de cierto hasta Roma, donde enarreció el aire y ocultó el dia hasta el extremo de que los romanos se preguntaban asombrados, si el mundo volvía al caos, si el sol iba á caer sobre la tierra para extinguirse ó la tierra subía al cielo para juntarse con él.

¡No se ha levantado este velo hasta el último siglo y ya se han encontrado quinientos esqueletos, que cada uno de ellos evoca un doloroso episodio de la inmensa catástrofe en que fue: on envueltos!...

El año pasado en una callejuela, bajo montones de despojos, los obreros de las escavaciones vieron un hueco, en cuyo fondo aparecian osamentas. Llamaron acto continuo al señor Fiorelli que tuvo una idea luminosa. Hizo desleir yeso que se vertió entonces en el hueco para vaciar en él lo que se encontrase antes de esponerlo al contacto del aire (esta operacion se ejecutó cuantas veces se consideró necesario segun las indicaciones sobre el terreno). Despues se levantó con mucho cuidado la capa de piedra pomez y ceniza endurecida y se halló lo que se buscaba; quitadas estas materias, se encontraron cuatro cadáveres. Todos pueden examinarlos en el museo de Pompeya.

Uno de estos cuerpos era el de una mujer, cerca de la cual se han encontrado noventa y una monedas, dos vasos de plata, llaves y varias joyas. Huía con estos objetos preciosos cuando cayó en la callejuela. Se la ve aun echada sobre el lado izquierdo; se ve muy bien su peinado, el tejido de su ropa y dos anillos de plata que llevaba en el dedo: una de sus manos está rota, puede verse la estructura celular de los huesos; su brazo izquierdo se levanta y se retuerce; su delicada mano está crispada, parece que tiene las uñas metidas en la carne; todo el cuerpo parece hinchado, contraído, solo las piernas muy delgadas permanecen estendidas; se ve que luchó largo tiempo con horribles padecimientos; su actitud es la de la agonía, no la de la muerte.

Detrás de ella cayeron una mujer y una jovencita; la mas vieja, la madre, tal vez, era de humilde clase á juzgar por la anchura de sus orejas: no llevaba en el dedo mas que un anillo de hierro: su pierna derecha, levantada y plegada muestra que tambien ha padecido, pero menos quizá que la noble dama.

Los pobres pierden menos en morir. Muy cerca de ella, como en un mismo lecho, está estendida la jóven: la una á la cabeza y la otra á los pies. Sus piernas se cruzan. Esta jovencita, casi niña, produce una impresión extraña; se ven exactamente el tejido, la mezcla de su vestidura, las mangas que cubren sus brazos hasta el puño, algunos girones que descubren la carne desnuda, y el bordado de la pequeña sandalia con la que andaba; se siente su última hora como si uno estuviera allí bajo la cólera del Vesubio: había levantado su manto sobre la cabeza como la hija de Diómedes, porque tendria miedo: había caído corriendo, el rostro contra el suelo; y no pudiéndose levantar, había apoyado sobre un brazo su cabeza delicada y jóven. Su mano se entrecubre como si con ella hubiera cogido el manto que la cubre. Se ven los huesos de los dedos taladrando el yeso; no sufrió mucho tiempo la pobre niña; pero da mucho pesar verla; no tendria aun quince años.

El cuarto cadáver es el de un hombre, una especie de coloso. Se había echado de espaldas para morir como un valiente; sus brazos y sus piernas están estirados, rígidos. Sus vestidos se marcan con limpieza. Sus bragas visibles y colgantes, las sandalias anudadas á los pies y una de ellas agujereada por el dedo pulgar; los clavos de la suela todo se conserva. Lleva en un dedo un anillo, de hierro. Su boca está abierta, le faltan algunos dientes su nariz y sus pómulos se marcan con energía, los ojos y el cabello han desaparecido; pero el bigote subsiste. Hay algo de marcial y resuelto en este hermoso cadáver.

Aquí hacemos punto, porque Pompeya misma nada mas puede ofrecernos que nos acerque á este drama aun palpitante. Es la muerte violenta con sus torturas supremas, la muerte que sufre y lucha, sorprendida *in fraganti* despues de diez y ocho siglos.

M. M.

CARTAS NO CIENTIFICAS.

Guayaquil 4.º de setiembre de 1864.

El 24 de agosto fue el dia designado para dejar las islas de Chíncha y separarme de mis buenos amigos los oficiales de la *Covadonga*. Serian poco mas ó menos las ocho de la mañana, cuando se avistó el vapor del Norte, hallándose fondeada la goleta frente al muelle de Pisco; media hora mas tarde se distinguía el vapor del Sur por entre *Paracas* y la isla de *Sangallan*: ambos vapores fondearon con un corto intervalo uno de otro. El del Norte era el *Perú*, el del Sur el *San Carlos*: este último pasó rasando la popa de la goleta en términos de comunicar á la voz con ella. Una vez fondeados los vapores, me trasladé en un bote de la goleta, acompañado de un oficial y un guardia marina, y despues de afectuosos abrazos me dejaron á bordo en compañía de mi compañero y amigo Martínez. La goleta se alejó hacia la isla *Blanca*, fondeadero que ha elegido la escuadrilla.

En el tiempo que estuvimos esperando la señal de partida del *San Carlos*, vimos embarcar 300 soldados, pobres indios arrancados de sus montañas, que llenos de miedo al nuevo elemento á que iban á ser confiados, no se atrevían á saltar de las lanchas al vapor, sino á

merced de los empellones de los marineros ingleses y á las voces de «chuta, chuta» de los encargados de embarcarlos, advirtiéndole que estos infelices indios ni entendían el idioma castellano, ni podían moverse dentro de sus enormes pantalones rojos, hechos sin duda para tallas de granadero, y que tenían que doblárselos, en términos que el doblez les llegaba á la rodilla. Los zapatos no los podían resistir y los llevaban en la mano; en las chaquetas azules con que cubrían el cuerpo, cabían en cada una seis, así como las diminutas gorras de cuartel tenían que sujetárselas con pañuelos á modo de barbuquejos, con lo que parecían estar todos sufriendo fluxion de boca. Todo esto unido á sus rojizos y mal configurados rostros, presentaba el aspecto más triste y ridículo que pudiera imaginarse.

Unáse también á esto la necesidad de llevar sus mujeres, á quienes llaman *Rabonas*, especie de cantineras, indias por supuesto, y sucias y desgredadas de tal manera, que se experimenta al mirarlas una indescriptible repugnancia, y una compasión desconsoladora, al considerar que hay seres en el mundo en tal estado de abyección. ¡Y luego tendrán valor de estampar los periodistas peruanos que están tan adelantados!

Embarcáronse todos aquellos desgraciados amontonados como fardos, y envueltos con las mantas en que llevaban su ajuar; entraron despues los oficiales dándose mas tono que bajés de tres colas, arrastrando luengos sables que en sus manos serán como el de Bernardo; todos ellos tenían sus apellidos españoles, por supuesto, demostrando ser hijos de los *invatores*, *opresores* y *bárbaros* como ellos nos llaman: falta de sentido comun, que confieso me altera la sangre oír en la lengua de Cervantes; que si fuera en la *Quichua* tendría paciencia.

El vapor zarpó á las tres de la tarde; á las cinco de la misma tocó en *Tambo de mora*, del que no se distinguen sino cuatro malas casas; á las seis seguimos hácia el puerto del Callao, al cual llegamos á las siete de la mañana del siguiente día; no bien fondeó el vapor, cuando un oficial de marina de la capitania me notificó que no se me permitía saltar en tierra, como tampoco á Martínez, por venir de Chíncha, ó sea el *centro de los piratas*. No contentos con eso, se nos puso un cabo de matrícula de centinela, que debió mandar retirar el comandante del vapor, pero hizo la vista gorda y el centinela se relevaba cada seis horas, y hasta nos custodió al trasbordo del *San Carlos* á el *Peruano* que debía traerlos á Guayaquil. El centinela era un especie de *Raf*, el soldado mudo de los *Magyares*, y no dejó de servirnos de solaz y entretenimiento en los tres días que estuvimos en los dos vapores esperando la salida para el Ecuador: por supuesto que conversamos con uno de ellos, medio cholo, y que dijo mas picardías del gobierno peruano que puede decir el mas encarnizado enemigo; por estas noticias y haber visto el *Monitor* que será *Monitor* ó modelo para las futuras generaciones se puede agradecer el centinela. A esto se reducen todas las hostilidades peruanas: *Monitor*, blindajes, máquinas infernales, grandes aprestos de guerra; todo ello palabrería de *saca dineros* y *engaña chiquillos*; ni el *Monitor* sirve, ni sirve nada, como nada vale en el Perú si no es la naturaleza, porque se la dió Dios y las mujeres, porque las llevaron los españoles.

El 24 en la noche salimos del Callao, con gran lleno de pasajeros; á falta del *Raf* se espidieron cartas á los capitanes de los puertos de *Huacho*, *Supe*, *Cauna*, *Samaneco*, *Santa*, *Huanchaco*, *Malabrigo*, *Pacasmayo*, *Pimentel*, *Paita*, y *Tumbez* para que no saltásemos en tierra y fuésemos vigilados, para salvacion de la república y no tomásemos planos ni dibujos de aquellos indecentes puertos que se hallan en el estado mas primitivo que pensarse puede y la civilizacion la marcan tan solo los dorados galones del capitán de puerto; pues estas cosas de espectáculo las entienden á maravilla.

Nada mas curioso y digno de descripción que un vapor de los que hacen escala en los puertos de la costa y que se llaman *caleteros* por fondear en caletas y puertos pequeños. El viajero en estos puertos en general es de color y comerciante en frutos del país, contándose muchas mujeres de toda *laya* y de trajes variados y pintorescos, y sin que deje ninguna de ir armada de su indispensable escupidera, resultando una perspectiva sobre la cubierta de las mas originales. Véase en tropel montones de plátanos, cocos, chirimolos y toda clase de frutas, intercaladas con las camas de yos dueños de ellas, y separadas con colchias, colgadas de cuerdecitas, formando camarotes; otros los hacen con trozos de esterilla de paja, y de este modo la cubierta del vapor está convertida en un campamento improvisado; pero nada mas delicioso que las escupideras de todas formas y clases que demuestran la flaqueza humana y la necesidad física; corramos un velo sobre el cuadro de las escupideras y prosigamos. El vapor peruano presentaba un espectáculo singular con tantas gentes, de tantas regiones diferentes; cuando en *Paita* apenas dimos fondo, se presentan cien soldados peruanos á tambor batiente y principian á convertir el vapor en un cuartel. Los soldados eran de veras, me explicaré, llevaban armas y sobre todo muchos jefes, á juzgar por los que invadieron la cámara en son y ademán hostil para con nosotros, prueba evidente de que la carta del

capitan del puerto habia surtido el deseado efecto, y tanto era así, cuanto que uno preguntó por mi nombre y contestándole que era yo por el que preguntaba, tomó el pretexto de decirme si queria cambiar algunas monedas, á lo que le di gracias por tanta finura. A poco tiempo entró el *comandante Puertas*, de paisano, con gran sable y gran faja carmesí con leones; su tipo entrecerado, quiero decir, medio *choli-blanco*, grueso, bajito y aire *carniceril*; mi buen comandante conducía la caja del batallón ó compañía que traían dos negros de *Pur-Sang*, y colocada que fue en su camarote, se fué á la gran tertulia que se habia formado en el fondo de la cámara, compuesta del capitán del puerto, un ayudante y varios oficiales de infantería, entre los que descollaba en estatura, presencia y bigotes ya canos, un tal A. Hernandez, español y antiguo cómico, pero desconocido por su uniforme de *coronel peruano*. Aquella encantadora tertulia comenzó á *chupar*, como aquí dicen, léase trincar, dirigiéndonos miradas que tenían de todo menos de amigables.

Todo fue bien hasta que comimos en compañía de los *chupadores*, siendo en la mesa como unas setenta personas; entre estas habia ocho frailes franciscanos, que se dirigían á la Nueva-Granada: á estos los interpelló el magnífico Puertas, preguntándoles si eran jesuitas y si iban al Ecuador, pues pensaba él ir á *ahorcar* á García Moreno, actual presidente de la república; los pobres frailes tomaron la puerta y entonces principieron á vociferar contra los piratas, la España moderna y todo lo mas escandaloso que imaginarse puede. A todo esto A. Hernandez, cómico y coronel español en una sola pieza, metió su baza pronunciando un *bello* y *elocuente* discurso sobre «El pabellón de Lepanto», diciéndo estaba manchado, que era liberal, y poniendo á su patria como un trapo y toda la escena hubiera tenido mucho gusto de que hubieran podido verla los periodistas que por esa coronada villa se han tomado el encargo de defender la gente del Perú.

La escena de Paita pudo costarnos cara, porque si se hubieran individualizado las alusiones, el partido hubiera sido desigual para nosotros, y solo la prudencia nos salvó sin tener que crear otro conflicto nuevo; esto prueba hasta la evidencia lo que tratarían de hacer Mazarredo en su viaje, que esta gente sin fe ni palabra trata de mentiras; como verán ustedes por un sumario formado en el Callao, en que dejan por embustero al comisario español. No me admiró, pues, el *cloruro de oro da tonos á gusto* del que lo usa: muy pronto tendrán ustedes nuevas noticias del *godo*.

RAFAEL CASTRO Y ORDOÑEZ.

LA INUNDACION DE ALCIRA.

LAS NUPCIAS Y LA MUERTE.

(CONTINUACION.)

Yo deseaba encontrarla un buen marido, y temblaba al mismo tiempo pensando en el momento que debía casarse. ¡Virgen Santísima! decia yo todas las noches al acostarme: ¡Vos que sois nuestra Madre, tomad bajo vuestra proteccion á mi María, y no permitais que se case con un hombre que la haga infeliz!

La Virgen pareció oírme; porque apenas habia cumplido la chica diez y seis años, entre muchos mozos que andaban perdidos por ella, distinguió á uno, que era de mi gusto.

Pedro era tambien hijo de viuda. No tenían ni él ni su madre hacienda propia, y vivían solo de arrendamiento; pero era un mozo trabajador, que él solo valia por tres jornaleros; y su madre me habia dicho muchas veces: ¡Dios bendiga á mi hijo, y lo guarde de mal! No hay en toda la villa un muchacho mas honrado y trabajador.

Dióme cuenta María de las solicitudes de Pedro, y no me ocultó que ella tampoco le miraba con malos ojos; por lo que yo la respondí:

—Hija: nada tengo que decir de ese mozo; y con tal que su madre esté conforme, le prefiero á otros mas ricos que pasan por la puerta y te miran con ojos codiciosos.

Al día siguiente, Pedro y su madre, vinieron á pedirme á María en casamiento; y yo acogí muy gustosa su demanda.

Quedó concertada la boda; pero naturalmente convinimos en aplazarla hasta ver la suerte que Pedro sacaba en la quinta. Entre tanto, todas las noches, despues que el muchacho se retiraba de su trabajo y dejaba arregladas las caballerías, venia á mi casa á hablar con la novia, hasta la hora de cenar.

Llegó la quinta, y Pedro sacó el número tres. No tenia escepcion y fue declarado soldado.

El dolor de su madre no tenia límites. En cuanto á María, temia yo que se moria, ó perdía el juicio.

¡Qué no hará una madre por su hija, despues de haberla tenido en sus entrañas y criado con la sangre de sus venas!—Dije, pues, á María.

—Sosiégate. Pedro no irá soldado.

Y me fui á casa de su madre.

—Marcelina: si Pedro se vá, tú te quedas sin hijo, y yo pierdo á mi hija. Es necesario, pues, que entre las dos lo arreglemos para ponerle un sustituto. Nosotros

ya somos dos viejas inútiles en el mundo: el porvenir es de los chicos: nada mas natural, pues, que sacrificarlos por ellos.

—¡Ay Mariana! me respondió: ¡Dios te premie el buen pensamiento! Pero ¡qué he de hacer, triste de mí! Podré encontrar á duras penas quién me preste 100 libras, y nada mas, ¿qué hacemos con esto?

—No te apures. Yo buscaré lo que falte. Tengo algunos bienes propios y conocimientos en Valencia que me proporcionarán el modo de empeñarlos por lo que falte.

Pedro fue, pues, con los demás soldados del pueblo al depósito de quintos; pero fue con escaso sentimiento suyo y nuestro, porque se estaban ya practicando las diligencias necesarias para reunir el dinero que debía proporcionarle la libertad.

Pero el hombre propone y Dios dispone. En el cuartel donde pusieron al pobre chico, se armó á los pocos días, no se qué enredo, á consecuencia del cual fueron muchos quintos al calabozo, y entre ellos el nuestro, que, segura estoy de ello, en nada se habia metido.

Se formó causa, y despues de mucho tiempo de padecer penas inauditas, pues se decia que iban á ser fusilados, fueron sentenciados diez ó doce quintos á servir en un país que hay á la otra parte del mar, mas allá de las Américas...

—¿A Filipinas? interrumpí.

—Eso mismo, continuó Mariana: á Filipinas. ¡Y Pedro era otro de los sentenciados!

Imposible que pueda decir á usted lo que sentimos al saberlo, y especialmente la pobre María, que queria al chico mas que á las niñas de sus ojos.

Lo embarcaron; y pensamos morir todas de dolor.

Quedamos como asombradas, y fue necesario mucho tiempo para que volviéramos á nuestro estado natural.

Al dolor siguió la resignacion. A la resignacion la esperanza; y rogando á Dios fervorosamente todos los días, entreteníamos nuestro afán.

Pasó cerca de un año, y recibimos carta de Pedro. Habia llegado bueno y pensaba siempre en su madre y en su prometida. Tambien él se resignaba con la voluntad de Dios. Tambien él abrigaba la esperanza de volver á ver entre nosotras.

Por espacio de tres años recibimos diferentes cartas, todas satisfactorias, bajo el punto de vista de su salud; y en todas respiraba el mismo amor á lo que habia dejado por acá.

Al cabo de ese tiempo cesaron sus cartas, y pasaron muchos meses de martirio para nosotras, hasta que sabiendo que habia guerra en aquellas tierras, le contamos por muerto.

Marcelina lloró á su hijo, y yo estuve á punto de llorar á María, porque enfermó de sentimiento, y milagrosamente salió de las puertas de la muerte; pero para quedar tan triste y abatida, que causaba á todos la mayor compasion y á mí me destrozaba el alma.

Por este tiempo vivia en nuestra misma calle, un hombre llamado Lucas, que, jóven todavia, habia quedado viudo, y no era mal hombre, ni holgazan, ni vicioso. Lucas habló á mi María, y la dijo:

—Pedro ha muerto, no cabe duda. Lo siento, porque era un buen chico; pero ya ¡qué le hemos de remediar! Y como María llorase al oír esto, añadió:—¡Chica, no seas tonta! á los muertos Dios los perdona. Si te has quedado sin Pedro, no te faltará marido, que mozas como tú hay pocas en la villa: y si quieres aquí estoy yo.

—Gracias, Lucas, respondió María; pero yo quiero querer á Pedro hasta la muerte, y no pienso casarme con nadie.

—Vaya, tú lo pensarás mejor. Pero no olvides que yo te quiero, y soy el primero que te he hablado.

Pasó cosa de medio año, y Lucas volvió á decirle.

—¿Qué piensas de aquello?

—Lo mismo, Lucas. No me caso con nadie.

—¡Pues tambien es una tontería!

—No me caso.

—Piénsalo bien.

María procuró desde entonces evitar encontrarse con Lucas, y solo iba por agua y á la iglesia, únicas diligencias que la sacaban de casa á las horas, en que aquel estaba en el campo; pero al cabo de mucho tiempo, lo encontró en su camino y la detuvo de nuevo.

—María, la dijo, ya sabes que te quiero; pero lo que tú ignoras es que no pienso en otra cosa que en tí, y empiezo á cansarme de esperar.

—Pues haces mal en esperar, porque ya te he dicho formalmente que quiero morir soltera.

—¿Es decir, que me desprecias?

—No: yo no desprecio á nadie; pero no quiero casarme.

—Pues eso no puede ser. Tú eres jóven y hermosa, y no es justo que un hombre se enamore de tí, y tú te obstines en no quererle.

—Creo, dijo la chica, que soy libre para disponer de mí como quiera, mientras no falte á la ley de Dios.

—Eso, se verá. Yo me he metido en la cabeza que has de ser mi mujer; y lo serás aunque no quieras. Te doy tres días de tiempo para pensarlo. ¡Mira lo que haces, que conmigo nadie juega!...

La muchacha no quiso responderle; y se vino á casa

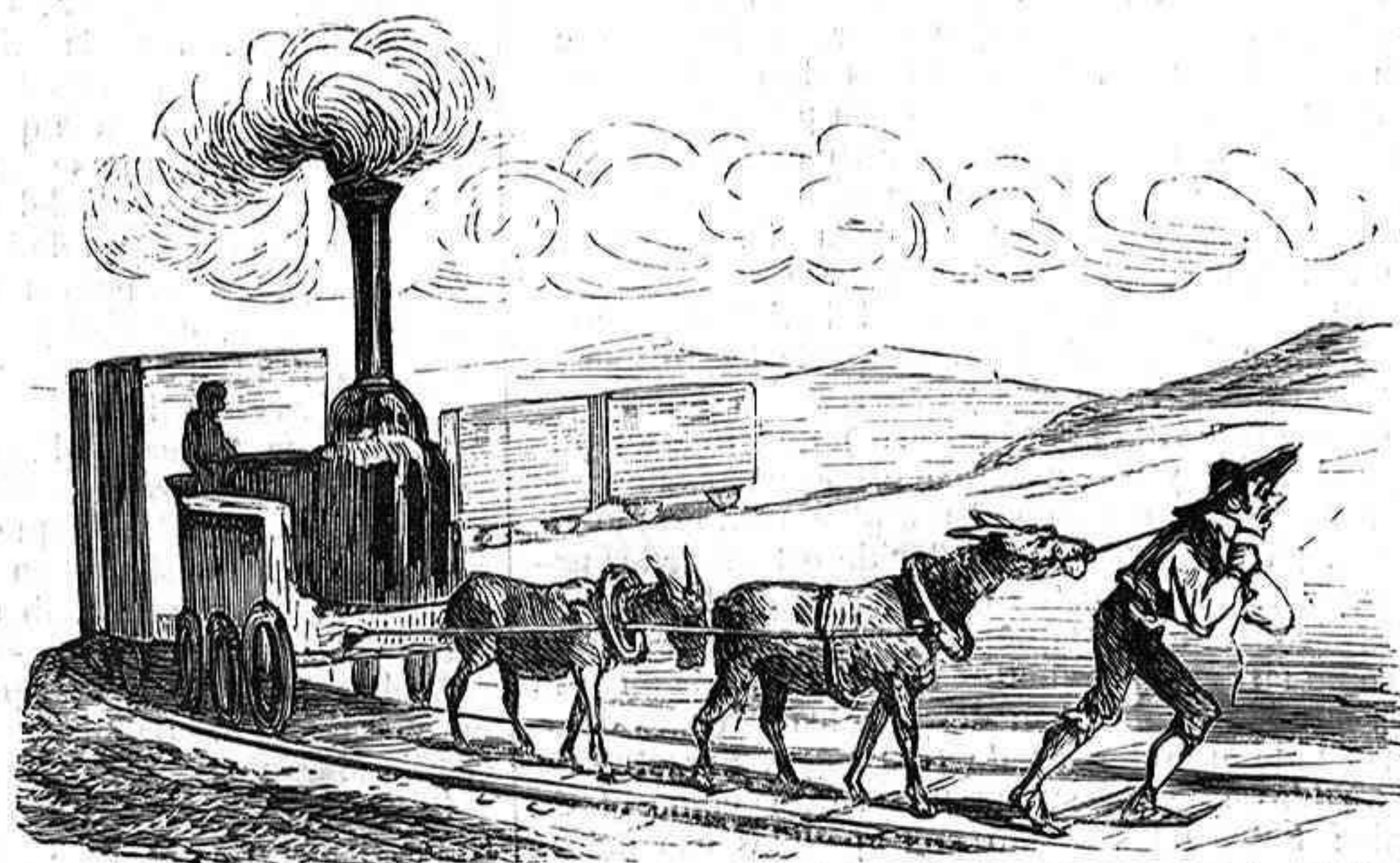
ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO 1865.

SISTEMA ESPAÑOL.

TERCETO FINAL.



—Ya sé yo que tu padre me tiene entre ojos, pero ya le domesticaremos. Conque amor mío, ¿serás tan cruel que no me abras?
—¡Sí, mono mío, espera un poco, que te voy á abrir... en canal!



Máquina de vapor de la fuerza de tres burros manchegos. Velocidad de dos horas por kilómetro, en competencia con los caminos del Este y del Otro.

BANCO DE ESPAÑA.



—¿En qué se parece la parte posterior del Banco á la parte posterior de un jumento?
—En que tiene cola.

LA ESPOSICION DE BELLAS ARTES.



Este es aquel barracón que para eterno balcón de las españolas artes, al mas leve chaparrón se limpia por todas partes.

prometiéndose no salir mas á la puerta de la calle. Pero el domingo era fuerza ir á misa, y al salir de la iglesia se la puso delante el testarudo de Lucas.

—¿Parece que me huyes el cuerpo, muchacha? Falta solo que yo te deje escapar, y por ahora no estoy de ese humor. ¿Supongo que vas á repetirme que no quieres casarte? Pues yo he pensado que ó te casas conmigo, ó te mato. Con que escoje, y hasta la vista.

María no tomó por lo serio semejante barbaridad; sin embargo continuó evitando el encuentro de Lucas; y logró no volver á verlo en muchos meses, hasta que un día estando al umbral de la puerta salió su perseguidor de la casa de un vecino, y cogiéndola del brazo, la dijo:

—Por mas que hago para desechar la idea de matarte si persistes en no querer ser mi mujer, no puedo conseguirlo. Díme que consentes, ó encomiéndate á Dios.

Mi hija dió un grito y entró corriendo. Salí yo, y salieron los vecinos á sus puertas, y Lucas se marchó en silencio.

A este tiempo enfermó Marcelina, la madre de Pedro; y María se constituyó á la cabecera de su cama, y la cuidó día y noche, sobre tres meses que duró la enfermedad, al cabo de los cuales murió abrazada á la que debía ser su nuera, pronunciando el nombre de su hijo.

Este incidente llenó de dolor á la chica, y la hizo olvidar las instancias y las amenazas de Lucas, en términos que ya no se guardaba de salir á la calle: así fue que á pocos días, volvía al anochecer con un cántaro de agua, y á la esquina de nuestra calle encontró á Lucas envuelto en su manta.

—¿Me dices lo mismo que siempre? la preguntó.

—Lucas, respondió ella, ¿aun piensas en eso? Yo imaginaba que te habías curado de tu manía.

—Nada de eso. Ahora mas que nunca deseo ser tu marido; y ¡vive Dios que de esta noche no pasa que tengo tu palabra ó me pierdo!

—¡Qué atrocidad! dijo María asustada al oír la temblorosa voz de Lucas, y al observar sus siniestras miradas. ¿Cómo quieres forzar á una mujer á que te quiera, ó cómo quieres que se case contigo sin quererte?

—No entiendo de razones: ó consentes en ser mi mujer, ó mañana te entierran, y yo me ahorco de un árbol.

María trató de escapar y dió algunos pasos precipitadamente, pero al llegar delante de casa, se oyó el estampido de un trabucazo: dos balas se clavaron en la puerta, y otra rompió el cántaro que llevaba la chica. ¡Ella se habia salvado por milagro!

—¡Ha visto usted hombre mas bárbaro! exclamó Mariana interrumpiendo su narración. Mis súplicas acabaron de decidir á la pobre María, ya harto asustada, y Lucas recibió la palabra de matrimonio que codiciaba.

Aquel hombre estaba locamente enamorado de ella. Bien claro se veía en los extremos de su gozo, y en los preparativos que hacia para la boda.

Ocho días faltaban para el que se habia fijado para celebrarla, cuando una mañana, hallándome yo en la cocina, y María comiendo á la entrada de la casa, la oí lanzar un grito agudo. Salí corriendo, y ví á mi hija sin sentido en los brazos de un hombre... Ese hombre era Pedro.

Pedro, que no habia muerto; pero que habia estado mucho tiempo prisionero en poder de los chinos ó cosa así; y que al obtener su libertad encontró cumplido el tiempo de su servicio, y tomando su licencia, era su persona portador de sus nuevas.

(Se continuará.)

JUAN ANTONIO ALMELA.



AVISO A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

El cuadro ofrecido de regalo á los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL, desde el día 15 del corriente se hallará espuesto en la librería de los editores, calle del Principe, núm. 4.

Este cuadro representa la Adoracion de los Pastores, magnífica copia del célebre Murillo, que existe en el real Museo de pinturas, por don Cipriano de Otola.

Con este número se reparten á los suscritores los billetes que les han correspondido para la rifa del citado cuadro, que se ha de celebrar en Madrid el día 25 de diciembre de este año.

Se entregará el cuadro al suscriptor que presente el billete que lleve el número igual al que obtuviere el premio mayor de la lotería que se ha de celebrar en dicho día.

Las reclamaciones se atenderán hasta el día 22, víspera del sorteo, por lo que queda á esta casa nota de los números que han correspondido á cada suscriptor.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.